

Miguel Salomón

ALONSO CHRISTIANO

y la maldición en el valle de Lurín



ediciones
ASSISI

Miguel Salomón

ALONSO CHRISTIANO

y la maldición en el valle de Lurín



ediciones
Assisi

LEGALES

A Pedro, mi amigo

“Verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo, a mi ver, que tuviesen mejor gobierno que los ingas. Salido del gobierno yo no apruebo cosa alguna, antes lloro las extorsiones y malos tratamientos y violencias, muertes que los españoles han hecho en estos indios, obradas por su crueldad, sin mirar su nobleza y la virtud tan grande de su nación, pues todos los más destes valles están ya casi desiertos, habiendo sido en lo pasado tan poblados como muchos saben...”.

Cieza de León, *La Crónica del Perú* (1553)

- CAPITULO UNO -

El Parque de las Decisiones

Lima, 1974
Sábado, 21 de septiembre

Un extenso y verde valle se desplegaba ante sus ojos. Él caminaba sobre el césped. Una sensación agradable invadió su espíritu; el cielo azul, limpio de nubes, dejaba correr una leve brisa. Cada bocanada de aire le producía una agradable sensación de frescura. Un silencio profundo envolvía el ambiente. De pronto y desde un lado de aquel vasto territorio, grandes nubes multiformes comenzaron a formarse en el cielo y avanzaron en dirección hacia él. Se podía ver sobre ellas una extraña figura que iba definiendo sus formas a medida que las nubes se acercaban haciendo movimientos circulares, continuos y encerrados en su propio espacio. Fulminantes destellos de luz iluminaban intermitentemente el valle. Dentro de las nubes se había comenzado a desarrollar una tormenta eléctrica. Pero él nada podía escuchar. Las nubes se multiplicaban y continuaban su avance amenazador. Para entonces, la extraña figura se había convertido en un ser humano en actitud guerrera. Los furiosos golpes de luz saltaban de un lado a otro. Intempestivos y descomunales rayos salían de entre las nubes.

No pasó mucho tiempo hasta que el ruido de los truenos que anteceden a una gran tormenta retumbó en el valle. Cuando las nubes estuvieron lo suficientemente cerca, pudo ver un guerrero con largos cabellos negros. Estaba vestido con una

túnica de vivos colores y extraños dibujos que le llegaba hasta las rodillas y estaba sujeta al cuerpo del guerrero con un cinturón dorado. Colgado del cuello y a la altura de su pecho, una hermosa figura redonda de metal de un brillo muy intenso resaltaba la agresividad de su postura. Sobre su cabeza llevaba una corona también dorada con un motivo de medio círculo circundado por formas ovaladas y que emulaban los rayos solares. En el centro de la corona resaltaba el mismo dibujo de la pechera. Tenía el brazo derecho levantado y en él sostenía una gran porra. Lucía dos grandes brazaletes dorados en ambas muñecas.

El gigantesco sistema expulsaba estrepitosos ruidos, vomitando truenos, rayos y relámpagos. Parecía que la borrasca reventaría en cualquier momento sobre él, que no sabía por dónde escapar, dónde esconderse. Los rayos y relámpagos mostraban al guerrero de tez acholada, nariz aguileña y pómulos salientes. Su expresión tosca demostraba una actitud agresiva y amenazadora. Sus ojos negros delataban una mirada llena de cólera. En un veloz movimiento descargó su arma sobre él. En ese instante un ruido ensordecedor retumbó por todo el campo, provocando que el extenso valle, la descomunal tormenta y el furioso guerrero se esfumaran como por arte de magia. La puerta de la habitación se abrió y alguien se paró junto a él.

—¡Zambo!, ¿estás bien?

Sin saber lo que estaba sucediendo, Alonso se incorporó en la cama, y algunos libros y revistas cayeron al piso. Volteó la cabeza en todas direcciones hasta que reconoció la figura de su padre.

—Sí, papá, estoy bien... ¿Qué pasó?, ¿qué fue ese ruido?

—¡Tu repisa se cayó! Al parecer los clavos se vencieron —dijo el papá de Alonso, mirando la repisa—. Gracias a Dios que al caer se quedó entre la pared y la cabecera de tu cama. Si tu cama hubiera estado pegada a la pared, esa repisa hubiera terminado en tu cabeza y, imi madre!, no quiero ni pensar lo que te hubiera pasado.

Alonso, más repuesto del susto, comenzó a revisar su habitación hasta que llegó a distinguir la repisa, que ahora descansaba en la cabecera de su cama. Todos sus libros y

cuadernos de colegio y sus libros de ciencia ficción estaban tirados. Algunos en su cama, otros por el suelo. A Alonso le encantaba escribir aventuras de ficción y aprovechaba cada oportunidad para contar a sus amigos las historias de caballeros y princesas, de aventuras en tierras lejanas y de monstruos espantosos. También le gustaban los libros de terror. Nunca se perdía las películas de terror o de ciencia ficción que aparecían en la programación de la televisión o el cine.

Alonso seguía sentado en su cama, en medio del desorden. Todavía no lograba entender cómo es que la repisa había caído de repente. “Qué extraño –se decía–, ¿por qué justo en ese momento? ¿Por qué un sábado y no un día de semana que estoy en el colegio o almorzando o fuera de la casa? ¿Por qué la cama no estaba pegada a la pared como siempre?”.

Era extraño que la cama estuviera fuera de lugar. Alonso siempre tenía que dejar su cama pegada a la pared, si no, su madre lo mataba. Ella siempre estaba detrás de él para que mantuviese las cosas en su sitio (ni un centímetro más, ni uno menos). Su madre era muy severa y él sabía que debía hacerle caso. De lo contrario, ella le advertía que podría recibir un castigo ejemplar. A cada amenaza de castigo siempre venía su clásica frase: “Me lleva el diablo”. Pero ese descuido lo había salvado de un golpe fuerte. Lo que más agradeció en ese momento fue que, al caer la repisa, lo despertó del sueño, justo antes de que el guerrero le partiese la cabeza con su arma por enésima vez. Esa pesadilla se venía repitiendo desde que Alonso tenía siete años. Ahora, a los catorce, el sueño había empezado a aparecer con más frecuencia. Alonso les había preguntado a sus padres la razón por la cual soñaba lo mismo tan seguido, pero su papá siempre le respondía con evasivas.

Alonso siguió pensando y preguntándose acerca de lo sucedido con su cama: “¿Será que mientras los clavos se vencían y les costaba cada vez más sostener la repisa, mi cama estaba aprovechando mis movimientos para desplazarse y hacer una base suficientemente ancha como para contener la repisa y que esta no me llegase a la cabeza? ¿Había alguna fuerza divina que durante toda la noche me protegía y provocaba esos

desplazamientos para separar mi cama de la pared? ¡Eso fue entonces! ¡Todo lo que me decían mis padres cuando era niño era cierto!

¡Él existe! ¡Mi ángel de la guarda me protegió durante toda la noche! Él empujó mi cama durante toda la noche porque sabía que esa repisa me iba a caer en la cabeza y... ¡me salvó la vida!”.

El timbre del teléfono lo apartó de sus pensamientos.

–¿Aló? –contestó la empleada de la casa, levantando el auricular. Se escuchó un murmullo del otro lado de la línea.

–¡Aló! –repitió la muchacha levantando la voz–. No le entiendo, joven.

–Dame, que es para mí –la interrumpió Alonso–. Yo sé quién es.

–Hola, Marco... Está bien... ¿Dónde? Listo, nos vemos.

La voz de su madre se escuchó desde la otra habitación:

–¡Alonso! ¡Ni pienses que vas a salir ahorita!

–¡Pero mamá, es sábado!

–¡Y es muy temprano! ¡Tienes que hacer varias cosas! Debes recoger todas las hojas del jardín y limpiar las ventanas. Después podrás salir con tus amigos –Alonso no escuchó más. Pensó que se había terminado el sermón–. ¡Y pregúntale a tu amigo Marco si no tiene mamá! ¡Qué barbaridad ese chico! ¡Qué manera de estar en la calle! ¡Todo el día en la calle! ¿Debe haber vida? ¡Digo yo!

La casa de Alonso estaba ubicada en el barrio de Monterrico, al este de la ciudad de Lima y muy cerca de un cerro al cual Alonso y sus amigos habían apodado “El Buda Degollado”. Hasta hace algún tiempo la zona estaba rodeada de varios terrenos sin construir. Incluso había acequias de regadío por las que corría abundante agua. Esto les permitía jugar por varias horas a las carreras de barcos con pequeños tronquitos fabricados con ramas de los árboles que proliferaban en los alrededores.

Alonso y sus amigos disfrutaban levantando castillos y fortalezas de arena. La cosa se ponía más interesante en diciembre, ya que después de hacer los castillos o trincheras, los decoraban con los soldaditos de plástico y luego los reventaban con coheteillos, haciendo volar los soldados de plástico para

asemejar una encarnizada batalla. Por supuesto, las quejas de los guardianes de las construcciones eran inmediatas y provocaban discusiones entre ellos y los padres de los niños. Los padres de Alonso lo recordaban y también recordaban los castigos que les imponían. Siempre había una construcción de casas que paraba algunos días y en donde no había guardianes. Eso la convertía en el lugar perfecto para jugar a las escondidas, que generalmente acababan con una sacada de pellejo de alguna rodilla. Pero esos juegos ya formaban parte del pasado. Todos habían crecido y ahora tenían otras inquietudes.

Este era el día más esperado de la semana por Alonso y sus amigos. Había salido el sol y, gracias a esta mañana primaveral, “El Buda Degollado” lucía radiante y bien definido. Alonso se pasó la mayor parte de la mañana ayudando a su madre con las cosas de la casa. Limpió las lunas, movió los muebles y arregló su habitación. De lo contrario, no lo dejarían salir con sus amigos ni podría ver a Ariana, su enamorada, la chica más linda del mundo. Sin embargo, esta vez Ariana tendría que esperar. Primero iría a la reunión de emergencia con sus mejores amigos, Marco, Francisco –el gordo “Sancho”, como le decían en el colegio– y Alfredo.

Le faltaba poco para terminar de recoger las hojas del jardín y no dejaba de pensar en la llamada de Marco. ¿Qué podría haber obligado a Marco a llamar tan temprano para convocar a todos a la reunión en el Parque de las Decisiones? Al levantar la vista se quedó petrificado al ver una sombra parada sobre el muro de la casa.

–¡Alfredo! –gritó después de unos segundos–. ¿Qué haces ahí parado? ¡Idiota! ¡Baja antes de que alguien más te vea!

Alfredo Martínez tenía catorce años y vivía cerca de la casa de Alonso. Se había mudado a ese barrio hacía seis años, cuando su padre, un reconocido oculista, advirtió que la mayoría de sus pacientes vivían en esta parte de la ciudad. A Alfredo lo cambiaron de colegio y ahí conoció a Alonso.

–¿Por qué te demoras tanto? Te estamos esperando hace horas. Todos ya estamos allá –increpó Alfredo, dando un felino salto hacia el jardín interior. Luego se acomodó sus lentes de

medida, de una gran medida.

–Tengo que terminar de limpiar el jardín –se defendió Alonso.

–¡Qué lapa es tu vieja, oye! –renegó Alfredo–. Marco me llamó temprano esta mañana y me pidió que nos reuniéramos en el Parque de las Decisiones.

–¿Para qué una reunión de emergencia? –preguntó Alonso.

–No sé. Ha llamado a todos.

–Espérame afuera, porque si mi vieja te ve, me friego.

–Ya. Pero apúrate, se nos hace tarde.

Alonso fue al fondo del jardín y dejó las herramientas. Luego alcanzó a Alfredo, que lo esperaba afuera de la casa.

–¡Mamá! –gritó Alonso–. ¡Ya terminé! ¡Me voy al parque, estoy con Alfredo, Marco y el gordo Sancho!

–¡Está bien! –le contestó su madre, comprensiva. Luego cambió el tono de voz–. ¡Y dile a Alfredo que la próxima vez use el timbre, porque si vuelve a saltar el muro de la casa le revienta el pote de un escopetazo! ¡Qué chico del demonio!

El Parque de las Decisiones era el parque donde todos en el barrio jugaban fútbol. El punto de reunión de Alonso y sus amigos estaba bajo uno de los árboles más frondosos. Los amigos llamaron al parque así porque fue allí donde tomaron sus más importantes decisiones. En ese lugar se reunían con una botellita de deliciosa guinda de Huaura o una chatita de ron Cartavio para reflexionar sobre lo que era la vida, el amor o el honor. Llevaban una radio a pilas de Alfredo para escuchar canciones de Led Zeppelin, Slade, Uriah Heep, Deep Purple y todas esas bandas de rock que tienen la mejor música del mundo. Era allí donde Alonso contaba excitantes historias sobre héroes que habían salvado millones de vidas humanas y matado a monstruos gigantes que amenazaban a la Tierra. En ese parque Sancho había tomado la decisión de ir donde el dentista para que le sacasen la muela que ya estaba desahuciada por tantos caramelos que se tragaba, donde confesó haberle quitado la silla a su abuela cuando estaba por sentarse. Fue allí donde Alfredo decidió decirles a sus padres que él fue el que le hizo la abolladura al auto y donde confesó ser él quien puso la tachuela en el asiento del profe de lenguaje. En ese mismo Parque

de las Decisiones Marco había tomado la decisión de confesarle al mismo Sancho haberse comido su pan con relleno y camote. Fue allí donde todos decidieron pegarse su primera bomba y donde Alonso tomó la decisión de declararle su amor a Ariana, la bella Ariana. Pero sobre todo, era el punto de reunión predilecto porque era el parque que estaba más cerca de la casa de todos.

–Estoy muy confundido –dijo Marco a sus amigos– y no sé qué hacer.

–¿Qué es lo que pasa? –preguntó Alonso.

–Es que creo que mi hermano está en drogas.

–Cómo puedes decir eso, ¿lo has visto? –interrogó Alfredo.

–No, pero estoy casi seguro. Esta mañana tuvo una fuerte discusión con mis padres y parece que se ha ido de la casa.

–Todos los chicos de 17 años tienen discusiones con sus padres –intervino Alonso–. Y algunos amenazan con irse de la casa.

–Hace buen tiempo que los viene amenazando con irse y esta vez creo que hablaba en serio.

–¿Por qué fue la discusión? –preguntó Sancho, metiéndose un pedazo de galleta a la boca.

–Jorge llegó recién esta mañana después de salir toda la noche con sus amigos y mis padres le recriminaron por eso. Además, falta poco para que termine el año y quieren que vaya a la universidad. Jorge les dice que no. Que él no quiere ir.

–¿Y eso qué tiene que ver con las drogas? –preguntó Alfredo.

–Hace algún tiempo que se están perdiendo cosas en la casa. Ropa, zapatos, adornos. En medio de la discusión, mi padre lo increpó por los objetos perdidos y Jorge explotó. Todo terminó cuando Jorge se fue de la casa.

–¿Y tú crees que él se lleva las cosas de la casa?

–Estoy seguro, pero no puedo probarlo.

–Bueno, no se trata de culparlo, sino de ayudarlo –concluyó Alonso.

–Por eso quiero que me ayuden –suplicó Marco.

–Pero tus padres también sospechan que fue Jorge el que se llevó las cosas.

–No creo que estén convencidos. Hace dos días despidieron

a la criada y con eso creen que ya lo solucionaron. Además, mi mamá teme la agresividad de mi papá y creo que le cubre algunas cosas a Jorge.

–Eso es terrible... le está haciendo un daño enorme –intervino Alfredo.

–Primero tenemos que estar seguros de que sí está en drogas y que no fue una borrachera que se metió anoche –dijo Alonso–. Después podremos hablar con él.

–Yo creo que hay que decirles a sus padres, ellos son los que se tienen que encargar de él –sentenció Alfredo, con actitud de juez.

–Antes de recurrir a los padres, creo que podemos persuadirlo nosotros.

–A nosotros no nos hará caso –replicó Alfredo.

–A nosotros no, pero a sus amigos sí.

–¿Y cómo sabremos cuál de sus amigos no está en lo mismo?

–Yo conozco bien a dos de sus amigos que no están en drogas –dijo Marco.

–Lo primero que tienes que hacer es buscar en su cuarto –sugirió Alonso–. En los bolsillos de sus pantalones, en sus camisas, bajo el colchón de su cama. Voltea su cuarto, busca cualquier indicio que nos asegure que está en drogas.

–Aprovecha ahora que no está en la casa –intervino Sancho.

–¿Y qué pasa si no encuentra nada? –replicó Alfredo.

–Pues lo tendremos que seguir a una de sus reuniones para comprobarlo –respondió Alonso.

–No te preocupes, Marco –dijo Sancho con voz compasiva y rodeó con su brazo el cuello de su amigo–. Todo va a salir bien, muy bien.